

Roderic Ai Camp, *La política en México*, México, Siglo XXI, 1995, 254 p.

Ubléster Damián Bermúdez

Roderic Ai Camp, el conocido analista de las élites, nos ofrece en su último libro una introducción a la política en México desde un enfoque ecléctico que incorpora como variables centrales cultura, historia, geografía y relaciones exteriores. Su pretensión es demostrar que mediante dicho enfoque se puede describir adecuadamente el sistema político mexicano y la forma de hacer política en México. Camp caracteriza a dicho sistema como semiautoritario, corporativo; con un marcado predominio del Estado en la estructura política, lo que a su vez origina la centralización de la autoridad en el poder ejecutivo; una élite en el poder que es autoseleccionada; una cultura política dual fluctuante entre el autoritarismo y la democracia, producto de las diversas experiencias históricas del país.

A mi juicio se trata de una obra interesante, sobre todo por el uso continuo de comparaciones con otros sistemas políticos latinoamericanos y con el estadounidense; no obstante,

cabe hacer hincapié en que el libro, publicado en inglés en 1993, ha sido rebasado en cierta medida por la inusitada experiencia que México vivió a partir de enero de 1994 y durante todo 1995. En todo caso, se trata de una buena introducción al sistema político y a la cultura política mexicanos, variable esta última sobre la que aporta los datos más sustanciosos del análisis.

El texto consta de nueve capítulos y un ensayo bibliográfico. En el primer apartado Camp justifica la perspectiva comparativa en la que inserta el caso mexicano, sobre todo en función de sus particularidades más sobresalientes: estabilidad política, sistema de partido dominante, subordinación de los militares a la autoridad civil, su singular relación con la Iglesia católica y, por último, la posibilidad de observar el efecto de un país del primer mundo (Estados Unidos) en uno del tercero.

El segundo capítulo se adentra en las herencias históricas: en prime-

ra instancia la española, posteriormente la herencia política del siglo XIX, luego la revolucionaria en los inicios del siglo XX y, por último, el efecto de la ubicación geopolítica de México en vecindad con Estados Unidos. En la herencia española, producto de tres siglos de dominación casi absoluta, Camp reconoce los legados de corporativismo, desigualdad social, fueros especiales de la Iglesia y de los militares, monopolio de la religión católica, intolerancia, burocratismo, predominio del Estado, centralismo, una cultura individualista exacerbada y falta de respeto por las leyes. Por su parte, la herencia política del siglo XIX legó a México la tensión permanente entre su deseo de instaurar un modelo liberal y democrático, y la tradición autoritaria y elitista proveniente de España, una tensión que se resolvió manteniendo el discurso liberal democrático y ejerciendo el poder de manera autoritaria, en particular durante la época del Porfiriato. La herencia revolucionaria legaría al modelo político mexicano un acentuado nacionalismo, una preocupación por encontrar fórmulas de justicia social, un Estado fuerte y propietario, un discurso político liberal democrático y un ejercicio del poder semiautoritario. Por último, el autor sugiere que la ubicación geopolítica de México al lado de Estados Unidos repercutió psicológica y políticamente en las decisiones de política interna mexicana e incluso estimuló la necesidad de construir un régimen fuerte y autoritario que evitara situaciones de inestabilidad y fracturas políticas que pudieran colocar al país en una situación de debili-

dad frente a potenciales depredaciones territoriales.

Los capítulos tres y cuatro abordan la cultura política de los mexicanos, sustentados en una prolífica investigación empírica y con base en variables independientes (legitimidad, participación y valores autoritarios *versus* democráticos) y dependientes (ingreso, educación, religión, género, región y edad). A mi juicio se trata de la parte más interesante del análisis, en la que Camp resalta, entre otros hallazgos, los siguientes: que las tres instituciones más estimadas por los mexicanos son la familia, la Iglesia y la escuela, mientras, que las menos estimadas son propiamente las instituciones políticas; una constante percepción de bajo nivel de eficacia política entre la población; un creciente aumento de la confianza de los mexicanos en la sociedad civil y los ciudadanos, lo cual ofrece un parámetro en torno a una mayor potencialidad democrática; un aumento persistente del interés de los mexicanos por la política y también un aumento de la confianza de los mexicanos en relación con la integridad de los procesos electorales, fundamentalmente a partir de los años noventa; un aumento notable de la legitimidad de actividades políticas heterodoxas, es decir, por canales no controlados por el gobierno; un predominio de posturas conservadoras entre los mexicanos y de posturas ideológicas hacia el centro del espectro político; un compromiso mayoritario de los mexicanos con las libertades políticas, aunque ciertamente limitado por actitudes de intolerancia respecto a valores opuestos;

en suma, una tendencia (que proviene de los años ochenta) a un compromiso mayor con los valores democráticos, aunque sin alcanzar el rango de las sociedades occidentales.

Por otra parte, en torno a la influencia de las variables dependientes antes mencionadas, sobresalen los siguientes indicadores: una notable influencia del ingreso en los valores políticos, de suerte que entre los de más alto ingreso se observa una mayor legitimación de las instituciones, un mayor apoyo al partido hegemónico y un mayor sentido de eficacia política, mientras que en los de más bajo ingreso es notable una menor legitimación de las instituciones, un menor sentido de eficacia política, una mayor apatía política y una actitud notablemente abierta hacia la tolerancia política; la variable de la educación constituye el indicador más claro para transitar a valores democráticos, en ese sentido, a mayor nivel educativo mayor propensión a sentimientos de eficacia política, tolerancia política y a posturas políticas definidas, resaltando la predilección por opciones diferentes del partido hegemónico; en torno a la variable religión se reafirma la percepción de que favorece patrones de conducta autoritaria, sin embargo su influencia está matizada por otras variables; el género no parece tan determinante en los valores políticos de los mexicanos, de hecho, existe cierta similitud entre hombres y mujeres; la variable regional ha influido de manera importante en los valores políticos, en ese sentido se confirma la idea de que el Norte es más afín a sentimientos de mayor efi-

cia política y a la ideología del Partido Acción Nacional (PAN); el Sur, por su parte, muestra un bajo rango de eficacia política y una notable apatía política; finalmente, el centro del país aunque también muestra un bajo nivel de eficacia política tiene, al mismo tiempo, una clara disposición hacia partidos diferentes del dominante. Por último, la variable de la edad mantiene las tendencias internacionales: a menor edad mayor propensión a los valores democráticos, y a mayor edad a los valores autoritarios. En todo caso, se confirma el patrón según el cual los valores de los mexicanos están cambiando de autoritarios a democráticos.

El capítulo cinco analiza el reclutamiento de la dirigencia política. Aquí Roderic Ai Camp sintetiza su tema de investigación preferido, con el que se ha dado a conocer en nuestro país: que en México se recluta a la dirigencia mediante selección obligada o dirigida, es decir, que la élite dirigente es autoseleccionada, de tal suerte que los principales canales de reclutamiento son las universidades, la burocracia federal, las familias y las camarillas políticas. Al respecto Camp sostiene que las tres fuentes más importantes de camarillas políticas son la familia, la educación y la carrera. De hecho, resalta que las características educacionales y de carrera se han modificado, en las dos últimas décadas particularmente, en torno a un mayor nivel educativo y a la disciplina estudiada, dando lugar a lo que en México se ha conocido como el ascenso de la tecnocracia.

Los capítulos seis y siete se cen-

tran en la representación de intereses y de la estructura de toma de decisiones, y si bien constituyen un buen resumen del modelo corporativo y de la centralización de decisiones en el ejecutivo, en particular del presidencialismo mexicano, no aportan datos nuevos ni interesantes sobre dichos tópicos.

El capítulo ocho estudia las reformas electorales recientes. En él, Camp sostiene que existe una marcada tendencia gubernamental a patrones electorales progresivamente más democráticos; no obstante, asume que la creciente importancia de las elecciones en México y del papel de la oposición se debe más a las crisis económicas y políticas del modelo mexicano que a las reformas electorales. Un dato que destaca es que la oposición política en su conjunto ha crecido considerablemente, sobre todo en el Distrito Federal y en los estados de Baja California, Guanajuato, Jalisco, México, Michoacán, Chihuahua y Morelos; otro, es que los estados con ingreso per cápita más alto tienden a votar por la oposición, contra lo que podría suponerse, mientras que los que tienen ingresos más bajos lo hacen en su mayoría por el Partido Revolucionario Institucional (PRI). Por último, el autor sostiene que la prin-

cipal condición inhibidora de un mayor desarrollo de la oposición política en México es el carácter de partido de Estado del PRI y la ausencia de una alternativa que canalice la inclinación de la mayoría de los sufragantes mexicanos hacia el centro, frente a la derecha (PRI y PAN) y a la izquierda (PRD), en el espectro partidario de México.

El último capítulo analiza la liberalización económica y política del modelo mexicano en los gobiernos de Miguel de la Madrid H. (1982-1988) y Carlos Salinas de Gortari (1988-1994). Roderic Ai Camp sostiene que, desde los inicios de la década de los ochenta, el debate entre dos proyectos de nación (nekeynesiano *versus* neoliberal) se resolvió en favor del último y que ello fue muy bien recibido por la comunidad internacional y, en particular, por Estados Unidos. Ahora bien, en contraste, el autor subraya la falta de compromiso de la dirigencia mexicana con la modernización política, en franca contradicción con su entusiasmo decidido por la modernización económica. En todo caso, Camp sugiere que dicha situación no podrá mantenerse durante mucho tiempo, como resultado de la presión internacional y, en particular, la de Estados Unidos.